

COLECCION

DE

COMEDIAS ANTIGUAS Y MODERNAS

TRAGEDIAS, ÓPERAS,

AUTOS SACRAMENTALES, SAINETES,

ENTREMESES Y UNIPERSONALES



MADRID
LIBRERÍAS DE CUESTA
Calles de Carretas, 9, y Luna, 3





HOMBRE POBRE TODO ES TRAZAS.



A. Moreau inv. y lit. Lit. de la R! Sociedad

Beatriz — No os sino merced aquesta;
pues, quando no fuera tal
por su estimacion la prenda
por ser vuestra la estimará
y la tomo por ser vuestra.

JORN. II.

XXII.

HOMBRE POBRE TODO ES TRAZAS.

PERSONAS.

DON DIEGO OSORIO.	LEONELO.	DOÑA CLARA.
DON JUAN.	RODRIGO, *criado.*	INES } *criadas.*
DON FELIX.	*Un Alguacil.*	ISABEL } *criadas.*
	DOÑA BEATRIZ.	

JORNADA I.

Salen DON DIEGO *y* RODRIGO *en trage de color.*

Die. Tú seas tan bien venido,
como has sido deseado.
Rod. Tú seas tan bien hallado,
como bien buscado has sido;
que ha tres horas que llegué,
y tres mil que ando buscando
esta posada.
Die. ¿Pues cuando
te escribi, no te avisé
de la calle?
Rod. Lindo talle!
¿En Madrid no es cosa llana,
señor, que de hoy á mañana
suele perderse una calle?
Porque, segun cada dia
se hacen nuevas, imagino
que desconoce un vecino
hoy adonde ayer vivia.
Y dado caso que hallé
la calle, ¿qué me importó,
si en tu misma casa yo
por ti mismo pregunté,
y me dijeron que allí
no estaba tal caballero?
A donde mas considero
la confusion que hay aquí,
pues la huéspeda ignoraba
quien en su casa vivia,
la criada á quien servia
y el huésped quien le pagaba.
Die. Aquí á cualquiera condena
el ignorar lo que pasa
dentro de su misma casa,
y saber lo de la agena,
fuera de que causa ha habido
para que desconociesen
mi nombre, y no respondiesen
á tu pregunta.
Rod. Y qué ha sido?
Die. ¿No has visto en una comedia
verse dos, y en dos razones
hacerse mil relaciones
de su gusto y su tragedia?
Pues imitemos aquí
su estilo; que en esta parte
tengo mucho que contarte.
Rod. Pues yo empiezo, escucha.
Die. Di.
Rod. Despues que por doña Ulana,
aquella doncella bella,
aunque aquesto de doncella
se escucha de mala gana,
tu amante filatería,
de necias finezas llena,
fué de noche una alma en pena
y un cuerpo en gloria de dia:
despues que por los crueles
zelos de unas cuchilladas

fuimos danzantes de espadas
y bailantes de broqueles:
despues en fin que reñiste
con tanto brio y destreza,
que á don Juan en la cabeza
una cuchillada diste,
tal, que si no hubiera hallado
un hombre que le curó
por ensalmo, pienso yo
que antes hubiera sanado:
te ausentaste de Granada,
donde me quedé aquel dia,
para que fuese tu espía
mal perdida y bien ganada.
Veniste á la corte, donde
seguro, señor, estás
de que te busquen, pues mas
esta confusion esconde
á un delincuente, que el miedo
de embajador reservado,
ó el respeto del sagrado.
Yo, pues, que en Granada quedo
viendo que don Juan está
mejor, porque ha declarado
un cirujano pagado,
que está sin peligro ya,
vengo á buscarte, con nuevas
de que tu padre está bueno,
aunque de cólera lleno.
Y para que mas me debas,
esta traigo en conclusion, [*le da una carta.*
y pienso que hay, señor mio,
capítulo de haí envio.
Aquesta es mi relacion.

Die. Despues que por la pendencia
que refieres, yo salí
de Granada, y vine á ver
la gran villa de Madrid,
esta nueva Babilonia,
donde verás confundir
en variedades y lenguas
el ingenio mas sutil,
esta esfera soberana,
trono, dosel y zenit
de un sol español, que viva
eternos siglos feliz!
Despues que ciego admiré,
despues que admirado vi
todo el mundo en breve mapa,
rasgos de mejor buril;
porque en sus hermosas damas
consideré y advertí
el ingenio en el hablar,
el aseo en el vestir;
de sus nobles cortesanos,
de quien tambien recibí
mil honras, ingenio, gala,
valor y cordura; en fin,
despues que á Madrid llegué,
y despues que vi en Madrid
damas y galanes, oye
lo que ha pasado por mí.
Traje, Rodrigo, una carta
de mi padre á un don Luis
de Toledo, amigo suyo;
y visitándole aquí,
para entregarle la carta,
en su casa un cielo vi;
que cielo era el que incluia
tan hermoso serafin:
y aun él era el cielo mismo,
pues si has oido decir
que es pequeño mundo el hombre,
yo pienso que será así
la muger pequeño cielo,
cuando llega á competir
con verdadera hermosura
la aparente del zafir.
Dejo aparte locuciones
poéticas, aunque aquí
pudiera decir que fué
su cabello oro de Ofir,
su frente campo de nieve,
sus cejas sobre marfil
línea de ébano, y mezclando
rojo y cándido matiz
sus mejillas, rosa helada
en los campos del abril,
su boca joya de perlas
guarnecida de rubís,
su aliento el aura por quien
flora respira ámbar gris,
sus manos dos azucenas,
ú dos ramas de jazmin,
que en partidas hojas hacen
una blanca flor de lis.
Nada desto digo, aunque
todo lo puedo decir;
pues demas de ser hermosa,
lo que me parece á mí
mejor, es tener de renta
largamente doce mil
ducados. Esta hermosura
enamoro tan feliz,
que escuché alguna fineza,
y algun favor merecí.
Haz aquí un punto, y pasemos
á otro suceso. Yo vi
que en la corte era muy fácil
que me pudiesen seguir,
mas por la patria y el nombre,
que por las señas, y así,
previniendo aqueste daño,
todo lo quise encubrir.
Callé el nombre de don Diego
Osorio, y llaméme aquí

don Dionis Vela, un soldado,
que en el flamenco pais
sirvió al rey. Por esta causa
no te dijeron de mi
en la posada. Con esto
pude libre discurrir
la corte, y así á cualquiera
conversacion acudí,
donde liberal, cortes
y afable, gané y perdí;
perdí el dinero, y gané
amigos, caudal, en fin,
el mejor. Con uno, pues,
á quien yo me descubrí
por tener satisfaccion,
una hermosa noche fuí
á visitar una dama,
tan bella, airosa y gentil,
que aquí viniera bien cuanto
dije, que no dije allí.
Es de las que discretean,
dama crítica y sutil,
hace versos, canta, juega,
con que acabo de decir
que es pobre; porque á estas gracias
no se les sigue un cuatrin.
Desta estoy enamorado:
de suerte, que hoy ves en mí
dos nombres y dos amores;
porque no pude fingir
el propio con doña Clara,
que este es el nombre feliz
de la dama del dinero;
pero con doña Beatriz
de Córdoba, que es la otra,
soy capitan, porque así,
atento al provecho y gusto
que se me pueden seguir,
soy don Diego con la una,
con la otra don Dionis.
Desta manera me hallas.
No será trato ruin
que yo engañe á dos, si una
suele engañar á dos mil.

Rod. Suele decirse de aquellos,
que muy poco han estudiado,
que en Salamanca han entrado,
mas no Salamanca en ellos.
Yo digo al reves aquí;
pues si engañar es tu norte,
tú no has entrado en la corte,
mas la corte ha entrado en ti.
Suceso notable ha sido,
que un hombre pobre haya estado
de ninguna enamorado,
y de dos favorecido
tan presto.

Die. Si yo quisiera
bien, Rodrigo, si yo amara,
ni mi pena se estimara,
ni mi amor se agradeciera.
Finjo engaño, y es forzoso
tener dicha semejante,
porque ya el mas firme amante
es el menos venturoso:
si bien, no porque me ves
con uno y otro favor,
dejo de tener amor;
porque Beatriz bella es
á quien estimo y adoro,
que esta traza me asegura
hoy de Beatriz la hermosura,
mañana de Clara el oro.
Ahora el pliego abriré
de mi padre. Carta tiene
don Luis, y una letra viene
aquí.

Rod. Aguárdate, y veré
de cuánto.

Die. En sucesos tales
no acudirá á mis cuidados
menos que con mil ducados.

Rod. Pues son cuatrocientos reales.

Die. Qué dices?

Rod. ¿Pues no son hartos
para quien somos los dos?
Y aun no son tantos, por Dios!

Die. Cómo?

Rod. Como son en cuartos.

Die. ¡Que esto mi padre me envia
cuando yo á la corte vengo!
Sin los que debo, no tengo
para gastar en un dia.
[*lee*] "Hijo, yo no tengo hacienda para sustentar vuestras travesuras y bellaquerías. Ahí va una letra de 400 reales; mirad como gastais, que quizá no podré enviaros otra. En la corte estais, dad alguna traza de vivir honradamente, y ved que el pobre todo es trazas."
Vive Dios!...

Sale DON JUAN.

Juan. Pues, don Dionis,
¿qué pesadumbre teneis
que tan grande estremo haceis?

Die. A tiempo, don Juan, venis,
que me hallareis muy mohino.

Juan. Con quién?

Die. Con ese criado,
que de Granada ha llegado.
Con una letra se vino
de solo cuatro mil reales.

Rod. (Pluguiera á Dios!)—¿Tengo yo
la culpa deso?

Die. Pues no?

Por qué de Granada sales
con ella?
Rod. ¡Pues si me envia
tu padre?
Juan. Qué culpa tiene?
Die. Con cuatro mil reales viene.
Rod. Pluguiera á Dios! [*aparte.*
Die. Yo querría,
don Juan, esta noche dar
á Beatriz alguna joya....
Rod. Aquí, señores, fué Troya. [*aparte.*
Die. De cien escudos....
Rod. Andar. [*aparte.*
Die. Y téngola por muger
tan loca y desvanecida,
que ha de quedarse corrida.
Y así quisiera tener
algun modo de obligarla
que galante y cortes fuese,
con que yo darla pudiese,
sin que llegase á enojarla.
Rod. Qué hay que estudiar ese modo?
lleva la joya, y si no
la tomare, aquí estoy yo,
que salgo á pagarlo todo.
Die. Sabeis lo que he imaginado?
pues nos solemos juntar
estas noches á jugar,
llevará aqueste criado,
que no conoce por mio,
una cadena, y jugando
conmigo, se irá dejando
perder.
Rod. Sin gana me rio [*aparte.*
destos embustes.
Die. Y yo,
ganándola entonces, puedo
llegarla á ofrecer sin miedo.
Juan. Quién tan linda industria vió?
¿Quién en el mundo pensara
tan buen modo? Así será;
conmigo el criado irá;
que allá una vez, cosa es clara
que sabrá disimular
no haberos visto ni hablado.
Die. Mal conoceis al criado;
á mí me puede enseñar
á hacer un enredo.
Rod. Ha sido
notable encarecimiento.
Die. Ahora, porque dar intento
estas cartas que han venido
para don Luis, id con Dios;
que á la noche nos veremos,
donde efectuar podremos
lo tratado.
Juan. A Dios. [*vase.*
Die. A Dios.
Rod. Yo no pienso que he venido
á la corte celebrada,
sino á una selva encantada,
donde todo sueño ha sido.
Tú letra de cuatro mil?
Tú joya de cien escudos?
Mis labios dejaste mudos,
advirtiendo cuán sutil
ni te turbas ni embarazas.
Die. Como mi padre me escribe,
desta manera se vive,
porque el pobre todo es trazas.
Esta cadena que ves, [*sácala.*
solo un doblon me costó,
y en el contraste sufrió
dos esperiencias ó tres:
de modo, que esta ha de ser
la que yo te he de ganar. [*dásela.*
Por esto quise estorbar
el darla, no por temer
que se disguste; que así,
si llega á desengañarse,
de mí no podrá quejarse,
pues la ve ganar allí.
De modo, que en la ocasion
hago la galantería,
sin que sea á costa mia
del dinero ni opinion.
Aquí vive doña Clara.
Rod. Y es esta que á vernos viene?
Die. Sí.

Salen DOÑA CLARA *é* ISABEL.

Rod. Qué linda hacienda que tiene! [*aparte.*
que no quiero decir cara.
Die. Mi dicha fuera segura, [*á doña Clara.*
si, como me pudo dar
el cielo tiempo y lugar
para adorar tu hermosura,
tú me dieras la ventura
para lograr tanto empleo.
Tuviera, por mas trofeo,
tiempo mi altiva pasion,
lugar mi imaginacion
y ventura mi deseo.
Clar. Cuando agradecida quedo
á vuestro amor, podré dar,
don Diego, tiempo y lugar,
pero ventura no puedo.
Esta sola no os concedo,
por faltarme á mí.
Die. Procura
hacer mi dicha segura
vuestro argumento; pues ya
quien os mira, claro está
que se tiene la ventura.
Clar. Esos favores sospecho
que os sobraron del amor

que os tiene ausente.
Dieg. Es error
presumir tal de mi pecho.
Clar. Y por dejar satisfecho
vuestro afecto, aquí venis
á sentir lo que decis;
que los hombres con mas arte
sentis en sola una parte
lo que en cualquiera decis.
Dieg. Bien convenceros pudiera
la razon. Si es cosa clara,
que en ninguna parte hablara
el que en alguna quisiera,
¿cómo se satisfaciera
deseo de un gusto lleno,
con otro manjar ageno
del mismo que apetecia?
¿En tal caso, no sería
cualquiera manjar veneno?
Clar. ¿Luego no habeis dicho á dos
lo que me decis á mí
en vuestra vida?
Dieg. Eso sí;
mas entonces, vive Dios!
que estaba hablando con vos.
Clar. Sin conocerme? Mirad
que decis mucho.
Dieg. Escuchad,
vereis como pudo ser,
antes que os llegase á ver,
amaros la voluntad.
Si con discurso naciera
algun hombre, y en el cielo
tachonado el azul velo
de rubias estrellas viera,
cuando adorara y quisiera
su luz, prestado arrebol
del luminoso farol,
¿no adorara en las estrellas
al sol mismo? Sí; pues ellas
son claras sombras del sol.
Yo con esta misma fe
en amorosos ensayos
adoré al sol en sus rayos,
hasta que al sol adoré.
Mil hermosuras amé,
pero en ninguna luz pura:
luego mi amor me asegura
que os amaba entonces; pues
cualquiera hermosura es
sombra de vuestra hermosura.
Clar. Con sofístico argumento
quereis vencer mi opinion;
pues si á las luces, que son
del sol un rasgo, un aliento
que ilumina el firmamento,
adorase el que ha nacido
capaz, ya hubiera querido
en muchas un resplandor,
que es lo mismo que un amor
en dos partes dividido.
Y cuando hubiese adorado
al sol mismo en las estrellas,
puesto que la noche en ellas
su luz ha depositado,
¿quién á mí me ha asegurado
ser el sol resplandeciente,
que esas bellezas afrente?
Pues este mismo arrebol,
que estando presente es sol,
será estrella estando ausente.
Mas decidme ahora, qué ha sido,
pues no fué la voluntad,
don Diego, la novedad
que á esta casa os ha traido?
No sin causa habeis venido.
Dieg. Y decis bien, la mayor,
pues amantes al rigor
del amor están sujetos,
y de todos sus efectos
es causa primera amor:
si bien la segunda ha sido
esta carta que advertis,
que para el señor don Luis
hoy en mi pliego he tenido.
Clar. Pues mi padre no ha venido,
dejad la carta.
Dieg. Eso no;
que si ella ocasion me dió
para llegaros á ver,
en una quiero tener
muchas ocasiones yo.
Clar. Ocioso es ese cuidado,
pues tiene sombras la noche,
rejas mi casa, yo coche,
y hay calle Mayor y prado.
Dieg. Yo quedo bien avisado.
Clar. Sois forastero, y querría
avisaros la voz mia
de lo que debeis hacer.
Dieg. Ya sé que tengo de ser
Argos la noche y el dia.
Por la mañana estaré
en la iglesia á que acudis,
por la tarde, si salis,
en la carrera os veré,
al anochecer iré
al prado, al coche arrimado,
luego en la calle embozado.
Ved si advierte bien mi amor
horas de calle Mayor,
calle, reja, coche y prado. [*vanse los dos.*
Rod. Y dígame uced, señora,
¿tiene, para oir mi queja,
calle Mayor, coche ó reja,
para que sepa la hora

este amante que la adora?
Isab. Tan presto?
Rod. No es maravilla;
que si mi estrella me humilla,
tan antiguo mi amor es
como las cabrillas, pues
mi estrella es siete cabrilla.
Isab. Aunque advertirle pudiera,
al fin, como á forastero,
solamente decir quiero
que hay tienda y hay carbonera,
compro, limpio y salgo fuera.
Rod. Yo quedo bien advertido,
y porque veas si ha sido
ruda la memoria mia,
Argos la noche y el dia,
así estaré repartido:
por la mañana estaré
en la tal carbonería,
en la tienda al medio dia,
y luego á la tarde iré
al rastro, de allí vendré,
ya anochecido, al portal,
y á las once, pese á tal!
en la calle, si es que hay quien
á una muger quiera bien
el rato que huele mal. [*vanse.*

Salen DOÑA BEATRIZ, INES *y* DON FELIX.

Fel. No fueron esas razones
las que en otro tiempo oí.
Beat. Qué quereis? Múdanse así
tiempos, gustos y ocasiones.
Fel. En desengaño forzoso,
ofendido y despreciado,
no siento el ser desdichado,
siento haber sido dichoso.
Beat. Cuando dicha hubiera sido
merecer algun favor,
yo tuviera por mejor
el haberle merecido.
Fel. Estaba un almendro ufano
de ver que su pompa era
alba de la primavera
y mañana del verano;
y viendo su sombra vana,
que el viento en penachos mueve
hojas de púrpura y nieve,
aves de carmin y grana,
tanto se desvaneció,
que, Narciso de las flores,
empezó á decirse amores;
cuando un lirio humilde vió,
á quien vano dijo así:
flor, que magestad no quieres,
¿no te desmayas y mueres
de envidia de verme á mí?
Sopló en esto el austro fiero,
y desvaneció cruel
toda la pompa que á él
le desvaneció primero.
Vió que caduco y helado
diluvios de hojas derrama,
seco tronco, inútil rama,
yerto cadáver del prado.
Volvió al lirio, que guardaba
aquel verdor que tenia,
y contra la tiranía
del tiempo se conservaba,
y díjole: venturoso
tú, que en un estado estás
permaneciente, jamas
envidiado ni envidioso.
Tu vivir solo es vivir,
no llegues á florecer,
porque tener que perder
solo es tener que sentir.
Beat. Aplicado el cuento, yo
prosigo con otro tal,
oid lo que á una caudal
águila le sucedió:
esta, que con muestras graves
es, sin fatigado aliento,
en los imperios del viento
reina de todas las aves,
quiso que la esfera octava
hija del sol la presuma,
y siendo bajel de pluma
ondas de fuego sulcaba.
Llegó á la region dorada,
y con sedientos desmayos,
anhelando por los rayos
del sol, medio desmayada
se volvió á la tierra, y vió
que ninguna ave podia
seguir el vuelo que habia
intentado, y dijo, yo
sola penetré la esfera
de diamantes guarnecida,
que muriendo de atrevida,
no moriré, cuando muera,
pues cuando rayo deshecho,
y cometa desasido
fénix del sol, baje herido
de rayos de luz mi pecho,
el despeñarme, el morir,
el abrasarme, el caer,
todos no podrán hacer
que ahora deje de subir:
pues este aliento atrevido
que hasta el sol pudo llegar,
el caer no ha de quitar
la gloria de haber subido.
En el ave y en la flor
ved lo que á los dos nos pasa.
Fel. Ya yo sé que vuestra casa

es academia de amor,
donde todo es argumentos,
todo gusto y opiniones;
pero no admiten cuestiones
mis penas y mis tormentos:
sé que quiero, sé que adoro,
sé que mi desdicha fué;
esto solamente sé,
todo lo demas ignoro.

Al irse, sale LEONELO *y detiénele.*

Beat. Esto está bien á los dos.
Leon. Como á vuestro centro, vengo
buscándoos aquí, que tengo,
don Felix, que hablar con vos.
Fel. Engañado pensamiento
os trajo desa manera;
porque, si mi centro fuera,
no estuviera en él violento.
Leon. Cómo?
Fel. Ya no es centro mio.
Leon. ¿Y vos qué decis á esto? [*á doña Beatriz.*
Beat. Que en este estado me ha puesto
un forzoso desvarío
que algun dia le diré;
ruégole que no entre aquí,
sin que se queje de mí
que por otro le dejé.
Leon. Tales fueran mis desvelos,
estuviera despreciado,
aborrecido, olvidado,
como no tuviera zelos.
Ya sabeis con cuanto gusto,
siempre constante mi amor,
sufrió de Clara el rigor,
el desprecio y el disgusto:
pues ahora una criada
(porque es el oro en efeto
maestra llave de un secreto)
me dijo, que de Granada
un don Diego Osorio vino
á su padre enconmendado,
tan galan y enamorado,
que á nuestros pechos previno,
á ella agrado, á mí desvelos,
á ella gusto, á mi rigor,
á ella finalmente amor,
á mí finalmente zelos.
Quiero que vamos los dos
donde este galan busquemos.
Fel. ¿Pues si no le conocemos?
Beat. Lo que podré hacer por vos
será ber á doña Clara,
y saber, Leonelo, della,
quién es este forastero
que tanto cuidado os cuesta;
y aun hablarla en vuestro amor.
Leon. Fuera darme vida, fuera
comprar un esclavo en mí,
hazme tanto bien, y sella
mi rostro, Beatriz hermosa.
Beat. Leonelo, no me agradezcas
esto; que no hago por ti
tan curiosa diligencia,
sino por mí; que este, dicen,
que es oficio de discretas.
Mañana lo sabré todo;
que mugeres, cuando llegan
á hablar á solas, se dicen
cuanto imaginan y piensan.
Fel. Y yo hablaré á doña Clara
mañana, para que venga
otro dia á visitaros,
y con la misma cautela,
por quien me dejais á mí,
y quien os agrada, sepa,
si ya es cierto, que en la corte,
á título de discretas,
son terceras las hermosas:
porque como en la esperiencia
diamante labra el diamante,
rinde belleza á belleza.

Sale DON JUAN.

Juan. La fama, que á vuestra casa
llama amorosa academia,
disculpa el atrevimiento
de no aguardar mas licencia.
Beat. Vos sabeis, señor don Juan,
que podeis entrar en ella
á mandarme con los mismos
privilegios que en la vuestra.
[*Hablan aparte Leonelo y don Felix.*
Fel. Leonelo, si es que los zelos
son linces, y que penetran
lo mas secreto, he de ver
con la vista y alma atentas,
si hay novedad en Beatriz,
examinando hoy en ella
el semblante y las acciones
que hace á todos los que entran.
Leon. Por lo menos en don Juan
no ha dado ninguna muestra.
Fel. No, que ni en él vi temor,
ni hallé novedad en ella.
Juan. Permitid que un forastero,
que se ha quedado allá fuera,
entre á besaros la mano.
Beat. ¡Pues quién negarle pudiera
al forastero y amigo
vuestro tan cortes licencia?— [*v. don J.*
Este es don Dionis, Ines. [*aparte á ella.*
Ines. Sin duda que no te pesa
de verle. Digo y aun pienso...

Beat. Si es el que el alma desea.
si es el que la vida estima,
qué bien dices! qué bien piensas.
Fel. ¡Al hablar del forastero, [*aparte á Leon.*
no miras, no consideras
mas alegre su semblante?

Salen DON JUAN *y* RODRIGO, *que trae puesta la cadena; y al verle Beatriz, finge que lo siente.*

Rod. Pues me permites que pueda
besar tus manos, señora,
tan discreta como bella,
permite que pueda el alma
solo adorarte suspensa,
porque en tu alabanza es
torpe instrumento la lengua;
ó alábate tú á ti misma,
pues quiere el Dios de las ciencias
que, siendo la cuarta gracia,
la décima musa seas.
Beat. Tan prevenida, señor,
ha sido la entrada vuestra,
que habré menester lugar
para estudiar la respuesta.
Leon. ¿Qué sientes del forastero? [*aparte los dos.*
Fel. ¡Qué es lo que quieres que sienta,
si al principio su semblante
estuvo alegre, y ya muestra
que le ha pesado de verle?
Donde hay mudanzas opuestas,
hay secreto, y no son vanas
su alegría y su tristeza.
Beat. Llega unas sillas, Ines.
Fel. Cuando merecer no pueda [*aparte.*
favores, podré estorbarlos.
Aquí, Leonelo, te sienta. [*siéntanse.*

Sale DON DIEGO.

Dieg. No llega á mala ocasion
un forastero que llega
al repartir los lugares,
si es que hay alguno que sea
asiento de un ignorante
en esta divina escuela,
en cuya esfera cifradas
se miran las once esferas.
Beat. Disimular me conviene, [*aparte.*
porque don Felix no vea
en mis ojos la alegría
que me causa su presencia.—
Llega al señor don Dionis [*á Ines.*
una silla.
Rod. Aquí está esta.
Dieg. Vos, señor, estais muy bien,
pues cuando yo la tuviera,
fuera dichoso en que vos
os sirviérades con ella. [*siéntase.*
Fel. Solo con el forastero [*aparte.*
de la cruzada cadena
hizo novedad Beatriz;
sin duda por él me deja.
Juan. ¡Qué bien ha disimulado [*ap. á d. Diego.*
vuestro criado!
Beat. Si es fuerza
que amor de cualquier discurso
principal asunto sea,
al que una pregunta mia
me diere mejor respuesta,
daré esta flor.
Dieg. Ya, envidiosos,
todos la pregunta esperan.
Beat. ¡Cuál es mayor pena amando?
Leon. Yo, que padezco esa pena,
llevo gran ventaja á todos,
pues es forzoso que sea
mayor mal amar con zelos.
Fel. El que tiene un dolor, piensa
que ninguno á aquel iguala,
y solo de aquel se queja.
Yo dijera de mi mal,
cuando no le padeciera,
esto mismo, que el mayor
es amar contra su estrella,
siendo un hombre aborrecido.
Dieg. Yo digo que es mayor pena
el amar sin esperanza.
Beat. Pues un argumento sea
el que pruebe la verdad.
Leon. Oye, que el zeloso empieza:
si yo fuera aborrecido
con tanta desconfianza,
que no tuviera esperanza
de ser jamas admitido,
consuelo hubiera tenido
en ver que la pena mia
tan alta gloria perdia
porque al cielo se atrevió;
y al fin, perdiéndola yo,
ninguno la merecia.
Mas si esta misma que allí
á mi amor halla imposible,
fuese para otro apacible
siendo ingrata para mí;
si el bien que no merecí
viese que otro mereció,
di, ¡qué pena se igualó,
Beatriz, á esta pena amando,
que ver que otro esté gozando
lo que estoy queriendo yo?
Fel. Bien puede un zeloso estar
sin esperanza de ser
admitido, con tener
dama que se deje amar;
mas quien se llega á mirar

aborrecido, no puede,
que aun amar no le concede:
luego ofender mi porfía
con lo que obligar podia,
la mayor desdicha escede.
Tenga amor mi dama bella,
no tenga esperanza yo,
y no me aborrezca, no,
pues me basta á mí el querella;
mas contra mi propia estrella
porfiar es desconsuelo
el mas tirano del suelo;
que el zeloso ha menester
vencer solo á una muger,
y el aborrecido al cielo.

Die. Ni zelos, ni olvido temo
si constante llego á amar;
porque es fácil de pasar
la muger de estremo á estremo.
Mayor pena, mas supremo
es mi llanto, es mi dolor;
pues padece mi temor
eterna desconfianza:
luego amar sin esperanza
es el infierno de amor.
El que zeloso vivió,
el que vivió aborrecido,
con esperanza han sufrido
el mal que el amor causó;
el desesperado no;
pues aun rigores no espera.
Si zelos darme pudiera
mi dama, ya la costara
cuidado, ya se acordara
de mí si me aborreciera.
Y como es uso pasar
la condicion de muger
desde amar á aborrecer,
tambien se suele trocar
desde aborrecer á amar;
con esta esperanza asido,
contento hubiera vivido:
luego mi mal es mas fiero,
pues verme jamas espero
zeloso ni aborrecido.

Beat. Dudosamente podré
decir quien merezca aquí
la flor.

Rod. Escúchame á mí,
señora, y te sacaré
desa duda; porque sé
que la flor ha de ser mia,
probándote en este dia
con un argumento tal,
que padece mayor mal
quien ama pobre y porfía.
Quién al pobre no aborrece?
Quién al pobre no da zelos?
¿Quién al pobre en sus desvelos
alguna esperanza ofrece?
Luego solo este padece
de todos el mal penoso;
porque siempre temeroso,
favor ni desden alcanza,
y quiere sin esperanza
aborrecido y zeloso.
Y porque no la razon,
sino tambien la esperiencia
me den la flor, por sentencia
que no tenga apelacion,
vengan los naipes, que son
jueces, y jugando todos,
verás que en tan varios modos
tiene, cuando argumentare,
mas razon quien se quedare
con el dinero de todos.

[*Llegan un bufete en que habrá naipes; juegan don Diego y Rodrigo, y venlos jugar Leonelo y don Juan, y don Félix se queda hablando con Beatriz.*

Ines. Ya están los naipes allí.

Die. Yo jugara, si tuviera
cobrada una letra que hoy
acepté.

Rod. Venga la letra;
que como vos la aboneis,
tambien jugaré sobre ella,
como vos querais, señor,
jugar sobre esta cadena
cien escudos, que mañana
se han de pagar.

Die. Norabuena. [*juegan.*

Fél. ¡Qué mal han disimulado
tus ojos, Beatriz! pues, lenguas
del alma, me han dicho ya
tu sentimiento y mis quejas.
Apenas el forastero
entró en la sala, y apenas
le viste, cuando mudaste
el semblante hermoso, y muerta
la color, trocaste entonces
claveles por azucenas.

Rod. ¡Plegue al cielo, que en mi vida
gane una vez!

Beat. Bien pudiera
satisfacerte; mas quiero
callar, Félix, porque entiendas,
que no es tiempo de que yo
satisfacciones te deba.

Die. Diez pintas gano.

Rod. Demonios!
¿Vuestros rigores, qué esperan
de mi paciencia ofendidos?

Ines. Por cierto, linda encomienda. [*aparte.*

Fél. ¡Pues pudieras tú negar
tan costosas esperiencias,

si el rostro es reloj, adonde
el corazon hace muestra?
Rod. ¡Que no haya yo de ganar
una suerte, y que me vengan,
la que es derecha trocada,
y la trocada derecha!
Fel. Desprecios, Beatriz, se sufren
en voluntades que empiezan;
pero en las que acaban, pasan
de ser desprecios, y llegan
á agravios.—Vamos, Leonelo,
porque no quiero que tenga
ocasion Beatriz, de ser
descortes conmigo y necia,
porque son muy insufribles
necedades de discretas.
Leon. No vereis á doña Clara?
Beat. Mañana os tendré respuesta.
Leon. ¡Quién solicitó jamas
con todo el sol una estrella
sino yo? [*vanse don Félix y Leonelo.*
Rod. No juego mas.
Usted guardada me tenga
la cadena, que mañana
tengo de enviar por ella.
Die. Aquí la hallareis mañana.
Rod. ¡Que un hombre cristiano pierda
diez pintas! ¡qué deja el naipe
para un moro! No hay paciencia!
[*Vase Rodrigo como tropezando.*
Die. El se ha quebrado al salir
las narices en la puerta.
Y para enmendarlo ahora,
ha rodado la escalera.
Beat. Saca una luz.
Ines. Eso no;
que ha perdido. Si él hubiera
ganado, yo le alumbrara,
y llegara hasta la puerta
de la calle muy humilde
haciéndole reverencias;
pero hombre que ha perdido,
ruede y quiébrese una pierna.
Die. Esta cadena he ganado;
cien escudos, en que queda,
dejo librados, señora,
para los naipes y velas.
Perdonad mi atrevimiento;
que vive Dios! que quisiera
que fueran diamantes cuantos
eslabones hay en ella,
para serviros; aunque
presuncion fuera muy necia
llevar diamantes al sol,
siendo el sol quien los engendra.
Esto es barato, y así
disculpa tengo, y licencia
para tal descortesía.
Beat. No es sino merced aquesta;
pues cuando no fuera tal
por su estimacion la prenda,
por ser vuestra la estimara,
y la tomo por ser vuestra.
Die. El cielo os guarde!—¡Qué bien
[*Aparte á don Juan.*
que sucedió!
Juan. De manera,
que yo he querido creerlo.
Qué bien engañada queda!
[*Vanse don Diego y don Juan.*
Beat. ¡Has visto, Ines, en tu vida
mas cortesana fineza?
Ines. Aguárdate, iré á alumbrarles;
que tiempo despues nos queda
para que le alabes. [*vase.*
Beat. ¡Cuánto
se estima, agradece y aprecia
la cortesía! Mas es
el modo, que la cadena. [*vase.*

JORNADA II.

Salen BEATRIZ *é* INES *con mantos, y* CLARA *é* ISABEL *sin ellos.*

Clar. ¡Posible es que llegó el dia
en que tan dichosa fuese,
ó Beatriz, que mereciese
esta humilde casa mia
tanto honor? Vuélveme á dar
los brazos.
Beat. Y el alma en ellos:
lazos que de nuestros cuellos
la muerte podrá cortar,
pero dividirlos no.
Clar. De mí te ofrezco otro tanto.—
Isabel, quítala el manto
á Beatriz.
Beat. No vengo yo
con tanto espacio y sosiego.
Clar. Ya querrás irte tambien,
propia condicion del bien
llegar tarde y faltar luego.
Quieres venir al estrado?
Beat. No, bien estamos así.
Clar. Siéntate el rato que aquí
has de estar, y derribado
el manto puedes tener,
porque me afliges tapada.
A fé que estás bien tocada!
pudiérasme agradecer
el haberte descubierto.
Beat. Es lisonja, ó burla?
Clar. No;

solo tengo envidia yo
cuando tu hermosura advierto.
Beat. Si tuvieras que envidiar,
no me alabaras, amiga.
Buena astás, Dios te bendiga!
Clar. Mira como puede estar
quien tantas penas recibe,
que no tiene gusto en nada,
y siempre desazonada
y melancolica vive;
quien de sí misma enemiga
á sí misma se aborrece;
quien una pena padece
incapaz de que se diga;
quien con eternos enojos
ha de zelar sus agravios,
del aliento de los labios
y las lenguas de los ojos.
Beat. Mal, que es fuerza que se calle,
y que te trae disgustada,
de tus ojos descuidada
y enemiga de tu talle;
mal que á entristecer te obliga,
y te obliga á enmudecer,
cuyo efecto puede hacer
qué se sienta y no se diga;
mal que es mi propio dolor,
pues repite satisfecho
sus efectos en mi pecho,
sin duda, Clara, es amor.
Clar. Bien tu discurso sacó
por las centellas el fuego:
amor tengo, no lo niego.
Beat. Y ha sido á Leonelo?
Clar. No.
Beat. Mi alegría fuera mucha,
(si yo tenerla pudiera)
si tus pasiones oyera.
Clar. Porque hagas lo mismo, escucha:
Los afectos humanos, Beatriz bella,
tal vez arrebató fuerza divina,
porque viven atentos á una estrella
que superior ilustra y predomina:
y aunque es verdad que no se vence della
con tal poder, ya que no fuerza, inclina,
que pierden libertad, discurso y brío
el alma, la razon y el albedrío.
No es amor eleccion, pues si lo fuera
nadie en el mundo aborrecido amara;
no es voluntad, que nadie la rindiera,
donde con voluntad no se pagara;
no es razon, pues con ella se rigiera;
no es gusto, pues sin él no se entregara:
¿qué será donde falta (cielo injusto!)
eleccion, voluntad, razon y gusto?
¿Que será, pues, violencia semejante,
sino fuerza, rigor y tiranía
de amor? Pues la que vió firme y constante
Leonelo tanto tiempo á su porfía,
en un punto veloz, en un instante
breve, que son los átomos del dia,
se rindió fácil, se postró liviana
de un forastero á la lisonja vana.
Un forastero, amiga, un forastero
que de Granada encomendado vino
á mi padre, es la causa porque muero;
este á mi pecho tal dolor previno,
este á mi vida tal veneno fiero,
este al alma tal pena, que imagino
que á solo ver mi vanidad buarlada
vino don Diego Osorio de Granada.
¡No has visto hermosa fuente que risueña,
por piedades del sol, ó por rigores,
instrumento de plata, se despeña,
con quien cantan las aves sus amores,
sepultarse en la falda de una peña,
donde estaban sedientas cuantas flores,
llamadas de su música, venian,
y por ser sus aljófares bebian?
¡Y esta fuente, que allí dejó burlada
la beldad de las flores peregrina,
por venas de la tierra dilatada,
siendo de plata ya líquida mina,
nacer segunda vez tan desdichada,
que entre rústicos céspedes camina,
sin que á su inútil nacimiento deba
que noble flor de sus cristales beba?
Así el amor, que en mí se despeñaba,
llegar al valle ameno resistia,
donde tanta fineza me esperaba,
y donde tanto amor me merecia.
Y el mismo, que soberbia me miraba,
quiso, por castigar la ofensa mia,
que huyendo agrados y burlando amores,
lograse penas, zelos y rigores.
No porque este gallardo forastero
mi amor no estime y mi esperanza aliente,
pues siempre es á mi gusto lisonjero;
mas cuál hombre no finge, engaña y miente?
Sino porque otro amor, que fué primero,
aquí le trajo, temo que se ausente.
Estos son mis temores, mis recelos,
que no hay bien sin amor, ni amor sin zelos.
Beat. ¡Qué parecidas que son
nuestras penas, Clara bella!
Un mismo amor, una estrella
rige nuestra inclinacion.
Pensarás que mi aficion
es á don Félix, á quien
debo finezas tambien;
mas como ninguna amó,
siendo amada tambien yo
quiero á un forastero bien.
En tu fuente á mirar llego
de amor una cifra breve;
pero como tú á la nieve,

quiero yo aplicarla al fuego.
El rayo abrasado y ciego,
que es un húmedo vapor
de la tierra, que al ardor
del sol se ilustra y acendra,
en la parte que se engendra
egecuta su rigor.
Que como el viento recibe
seca exhalacion que sube,
adonde preñada nube
humo pálido concibe,
errando, fácil describe
las esferas, haste que
herida del sol se ve,
y en trueno y rayo veloz
da aquí el golpe, allí la voz,
que aviso y castigo fué:
así el forastero ha sido
rayo en su esfera engendrado;
pero della desatado,
en agena parte ha herido.
Desde Flandes ha venido
este á turbar mi sosiego.
No sé como el amor ciego
puede con violencia suma,
siendo nieto de la espuma,
hijo del norte, ser fuego.
Una apacible mañana
del mayo, cuando la aurora
con prestados rayos dora
nubes de púrpura y grana,
tan hermosa, tan ufana,
que decia lisongera:
¡quién coronarte pudiera,
mayo de flores y mieses,
por rey de los doce meses,
por Dios de la primavera!
Salí al prado; desde él fuí
por la calle, donde en lazos
de los olmos darse abrazos
copas y raices vi,
á quien triste dije así:
¿No os bastaba, álamos bellos,
enmarañar los cabellos
por la tierra fugitivos,
sino que tambien lascivos
quereis enlazar los cuellos?
Pero me respondereis,
con verdad desvanecidos,
que como en corte nacidos,
cortesano amor teneis:
y así ocultar no quereis
vuestro contento suave,
porque ya el amor mas grave,
y ya el favor mas felice,
no es amor, si no se dice;
no es favor, si no se sabe.
Con esta imaginacion
llegué á sentarme cansada,
cuando por verme tapada,
gozando de la ocasion,
llegó con airosa accion,
y con galan desenfado,
el mas bizarro soldado
que vi jamas te prometo,
y despues el mas discreto
que en toda mi vida he hablado.
Desde entonces no le vi
mucho tiempo: pero no
por eso se sosegó
aquel fuego que sentí.
En mi casa permití
visitas, conversacion,
juego y música, que son
lazos de amor cada dia,
por solo ver si podia
verle con esta ocasion.
Cumplióme amor mi deseo;
pues una noche llevado
de un amigo, ó mi cuidado,
dentro de casa le veo.
Miro el bien, y no lo creo
por serlo; y sucede así,
que constante desde allí
me sirve, enamora y ama;
don Dionis Vela se llama.
Esto sé dél y de mí.

Isab. A hablarte don Diego viene. [*á Dª. Clara.*
Clar. Mucho me huelgo que estés
aquí para que le veas,
porque me digas despues
si tengo buen gusto yo,
si le he encarecido bien.
Beat. Es aquel que viene allí?

Sale DON DIEGO, *quedándose al paño.*

Clar. Sí, Beatriz, el mismo es.
Beat. Válgame el cielo! qué veo? [*aparte.*
Clar. Qué te parece?
Beat. Muy bien
me ha parecido;—y muy mal [*aparte.*
pudiera decir.—Ines, [*aparte á ella.*
no es don Dionis?
Ines. Sí, señora;
quién puede negar que es él?
Beat. Qué he de hacer?
Ines. Disimular.
Die. Qué es esto que llego á ver? [*aparte.*
Cielos! Clara y Beatriz son
las dos. Amor, de una vez,
cuanto adquirimos de muchas,
hemos echado á perder.—
Mirando al sol, Clara hermosa,
quién no se ha turbado? ¡Quién,
viendo á un mismo tiempo dos,

no ha de suspenderse, pues
esta sala, esfera breve
de uno y otro rosicler,
con divina imitacion
cielo de hermosura es?

Clar. La lisonja os agradezco,
no por mí, pues cuando veis
á doña Beatriz, cualquiera
lisonja la viene bien.

Die. Quién es esta mi señora?
Que yo, por no conocer
á su merced, culpa en fin
de forastero, no osé
ofrecerme á su servicio.
¿Es deuda vuestra, ó es
amiga?

Ines. No oyes aquello? [*ap. á doña Beat.*
Quién eres, pregunta.

Die. Aunque
para que conozca en mí
un criado su merced,
no es menester saber mas
que mirarla.

Clar. Beatriz es,
la amiga que yo mas quiero,
señor don Diego, y con quien....

Ines. Don Diego le llamó. [*aparte.*

Clar. Amor
consulta su parecer.
En este punto las dos
en vos hablábamos.

Beat. Bien
os lo puede asegurar
su pecho constante y fiel;
porque es muy cierto que en vos
las dos hablábamos, pues,
ella hablaba en vos conmigo,
y yo con ella tambien.
De que no me conozcais
queja pudiera tener;
pues viviendo yo en el pecho
de Clara, y estando en él,
vos pudierais por fineza
haberme visto tal vez.
Yo á lo menos no llegara
á confesarlo, porque
quiero que Clara me deba
solo decir, que estimé
tanto el dueño de su gusto,
que le conocí por fé,
porque yo os conozco, ya
que vos no me conoceis.

Die. Yo conozco mi ignorancia,
y aunque pudiera tener
disculpa, quiero rendirme
agradecido y cortes.

Ines. Señora, qué dices desto? [*ap. á doña Beat.*

Clar. Qué te parece? ¿no es [*á doña Beat.*
galan y discreto? Di,
no te parece muy bien?

Beat. Digo que me ha parecido
tan bien, Clara hermosa,—que [*aparte.*
ha de pesarte algun dia
que me parezca tan bien.

Ines. Mal disimulas. [*aparte las dos.*

Beat. No puedo
sufrir mas zelos, Ines;
estoy por dar voces.

[*Beatriz le hace señas por detrás, y él hace como que no la entiende.*

Ines. Mira
como disimula él,
y aprende tú.

Beat. Si él engaña,
y yo siento, no podré
igualarle; que me lleva
mucha ventaja. Ah cruel!

Clar. Al fin yo tengo buen gusto? [*á Dª. Beat.*
Alábamele otra vez.

Ines. Parece que la tal Clara [*aparte.*
nos está dando cordel.

Clar. ¡Qué tienes, quo disgustada
parece que estás?

Beat. No sé
qué es lo que me ha dado.—Tráeme
un barro de agua, Isabel.—
Por desmentir una pena, [*aparte.*
otra pena fingiré;
agua pido, y es en vano,
porque es de fuego mi sed.

Clar. Ve tú por el agua, y yo [*á Isabel.*
unos dulces sacaré.— [*vase Isabel.*
Dame licencia á que sea [*á doña Beat.*
hoy contigo descortes.

Beat. No vayas, no, por tu vida!
Conmigo escusado fué
el cumplimiento.

Clar. ¡Pues este
quién te ha dicho que lo es?
¿Es cumplimiento dejarte
con la visita? Aunque bien
el dejarte acompañada
pudieras agradecer. [*vase.*

Beat. Y es verdad, pues que me ha dado
ocasion, ingrato, en que
pueda hablar, pueda quejarme;
porque el silencio cruel,
hecho ponzoña en el alma,
mil veces quiso romper
la cárcel, y reprimido,
hizo con mayor poder
un cuchillo al corazon
y á la garganta un cordel.
[*Disimulando don Diego.*

Die. ¡Vos con tanto sentimiento
conmigo? cómo, ó por qué?

¡Quién dió causa á tanta pena?
¿A tanta desdicha quién?
Beat. ¡Esta es, ingrato amante,
vil caballero, esta es
la prometida firmeza
de lealtad, amor y fe?
Si sois de Granada, ¡cómo
sois de Flandes? Y si os veis
ausente por una dama,
¿cómo decis que teneis
pretensiones? Si os llamais
don Diego, ¿cómo os haceis
don Dionis? ¿es gran victoria
engañar á una muger?
Die. Viven los cielos! señora,
que no os entiendo, ni sé
qué decis, pues jurar puedo
no haberos visto otra vez.
Beat. ¡Vos lo que oyen los oidos,
vos lo que los ojos ven
quereis negar? ¡Vos no sois
quien liberal y cortes
me dió anoche esta cadena?
Die. No, señora.
Beat. No?
Die. ¡Por qué
lo negara, si el serviros
fuera mayor interes?
Bueno fuera negar yo
dádivas, cuando uso es,
no solo negar aquello
que se da, pero tambien
con vanidad y arrogancia
decirlo sin que se dé.
Advertid, que en una estampa
suele duplicar y hacer
dos formas naturaleza
con repetido pincel.
Beat. ¿Luego intentais todavía
desconoceros?
Die. No sé
qué responderos.
Beat. ¡No sois
don Dionis Vela?
Die. ¡Por qué
negara mi nombre?
Beat. ¡Cuándo
vinisteis?
Die. Aun no habrá un mes.
Beat. Dónde vivis?
Die. En la calle
del Príncipe.
Beat. En qué entendeis?
Die. En ver la corte.
Beat. Y el nombre?
Die. ¿Ya no os han dicho que es
don Diego Osorio?
Beat. ¡Qué amigos
hoy en la corte teneis?
Die. Muchos.
Beat. ¡Y don Juan de Torres
no lo es vuestro?
Die. No escuché
aquese nombre en mi vida.
Beat. ¿Visitais una muger
junto á las Descalzas?
Die. No.
Beat. Mentis, mentis, que sí haceis.
Die. Por mas preguntas que ha hecho [*aparte.*
no me ha podido coger.

Salen doña CLARA *é* ISABEL *con agua y dulces.*

Clar. Aqui está el agua y el dulce.
Mas qué es esto?
Die. No lo sé;
Beatriz, que me lo pregunta,
podrá decir lo que es. [*vase.*
Clar. ¡Qué es esto, Beatriz, pues tanto
pudo el accidente ser,
que te obliga á que des voces?
Beat. Es una rabia cruel.
Clar. Bebe el agua que pediste,
quizá así podrás vencer
esa pena que te aflije.
Beat. Yo sé bien que no podré,
aunque mas beba. A Dios, Clara.
Clar. ¿Desa suerte has de ir á pié?
Aguarda, pondrán él coche.
Beat. No puedo.—Vamos, Ines.
Clar. Pésame que de mi casa
vuelvas enferma, una vez
que, al cabo de tantos dias,
vienes á hacerme merced,
sin querer decir qué sientes,
ni qué tienes.
Beat. Mal podré
decírtelo, Clara á ti,
si yo misma no lo sé. [*vanse.*

Salen por una parte DON JUAN *y* RODRIGO, *y por otra* DON DIEGO.

Juan. ¡Dónde estará don Dionis?
Die. Mucho estimo, vive Dios!
hallar juntos á los dos.
Juan. ¡De qué turbado venis?
Die. Hame, don Juan, sucedido
el suceso mas estraño,
que vió el mayor desengaño.
Rod. Cuéntanos, pues, lo que ha sido.
Die. Entré á ver á doña Clara,
y estaba, don Juan, con ella
de visita Beatriz bella.
Cuando mi vista repara
en las dos, ciego quedé,

turbado me suspendí.
Juan. Y al fin, qué hicisteis?
Die. Allí,
tan de improviso, no hallé
otro camino, otro modo
de enmendar la culpa mia,
que hacer que no conocia
á Beatriz, negando en todo
no haberla hablado, ni haberla
visto otra vez en mi vida;
pero, airada y ofendida,
no pude satisfacerla,
aunque allí ella misma vió
que don Diego me llamaban
todos, y que lacontaban
que era de Granada yo.
En fin, si vos acudis
á acreditar este enredo,
hacer los papeles puedo
de don Diego y don Dionis;
porque asegurando vos
lo mismo, decir no temo
que es otro, y que con estremo
nos parecemos los dos.
Juan. ¿Y es tan necia, que creerá
Beatriz ese engaño?
Die. Sí;
que yo parecidos vi
muchos hombres; y no está
la dificultad en ser
Beatriz necia ó entendida;
que al fin la mas presumida
tiene ingenio de muger.
Yo conocí dos hermanos,
que nadie determinaba
con cuál de los dos hablaba.
Rod. Es verdad, los valencianos.
Juan. Yo por mi parte me obligo
á disimular muy bien.
Die. Y tú has de ayudar tambien. [*á Rodrigo.*
Desde hoy no has de andar conmigo,
porque siendo conocidos
los dos por amo y criado,
fuera descuido estremado
el ser los dos parecidos.
Rod. Dices bien; y yo podré
con mayor fuerza ayudar
este engaño, pues entrar
puedo en su casa, y haré,
con retóricas, que crea
(tanta eficacia en mi ves)
hoy un necio que lo es,
y una fea como es fea,
una vieja con amor,
que es vieja la haré creer,
que es lo mas que puede hacer
un retórico hablador.
Die. Pues dejadme á mí llegar
primero, y mientras los dos
reñimos, llegareis vos.
Juan. No me teneis que avisar. [*vase.*
Rod. ¡Qué de máquinas enlazas!
Die. Esto entre dos damas es
lograr amor é interes,
porque el pobre todo es trazas.
Rod. Sí; pero trazas de pobre
no sé qué afectos tendrán,
pues por ser suyas, serán
infelices.
Die. Cuando obre
esta pension la fortuna,
y una pierda, otra me queda;
pues no es posible que pueda
de las dos faltarme una.
Rod. Por eso debe tener,
cualquiera amante discreto,
una dama de respeto
por lo que ha de suceder.
Pero voime, porque vienen,
no hallen juntos á los dos. [*vase.*

Salen BEATRIZ *é* INES *con mantos, y* DON FELIX *y* LEONELO.

Die. Y los que vienen con ellas
Felix y Leonelo son.
De zelos maté, y de zelos
muero. Vengativo amor,
sé Dios, ó no seas tirano,
sé tirano, ó no seas Dios.
Leon. Al paso, Beatriz hermosa,
esperando á oir estoy
la sentencia de mi muerte;
qué has sabido?
Beat. Tal estoy,
que no acertaré á decir
lo que he sabido.
Leon. A tu voz
atenta el alma, resiste
una y otra confusion.
Fel. Ines, yo tengo que hablarte. [*ap. á ella.*
Ines. Despues tendrás ocasion.
Beat. No has de quejarte de mí
si desengaños te doy;
porque si esos tengo, darte
no puedo otra cosa yo.
Can soy con rabia, que muerde,
y comunica el dolor
por la herida, y así ahora
te pagaré mi pasion,
basilisco por la vista
y sirena por la voz.
Clara vive enamorada;
quien te lo dijo, contó
la verdad. Don Diego Osorio
ha merecido el favor

que te negó. Siente tú,
y tendré consuelo yo,
compañera en tus desdichas,
si es que las lisonjas son
una pena de otra pena
y un dolor de otro dolor.
Fel. ¡Segun eso, vos venis
zelosa tambien.
Beat. No os doy
desengaños, que llamais
agravios: pero si vos
me argüis la consecuencia,
no quiero negarla yo.
Fel. Ni yo la quiero creer;
que fuera imposible error
pensar que en el mundo hubiese
quien diese zelos al sol;
y no dudando si puede
eso ser verdad ó no,
lo sentiré, por haceros
aquesa lisonja á vos.
Leon. Vive Dios! que he de buscar
á este granadino yo.
¡El cielo, Beatriz, os guarde!
¡Ay, don Felix, muerto voy! [*vase.*
Die. Ahora podré llegar [*aparte.*
á hablar, empezando yo
á quejarme; que esta es
la estratagema mayor;
pues si yo empiezo primero,
no le dejaré razon
con que ella pueda quejarse.
¡Ayude mi industria amor!—
Quien tan bien acompañada
hasta su casa llegó,
no pensará que ha tardado;
pero quien aquí esperó
toda la tarde adorando
los hierros dese balcon,
no podrá pensar que ha sido
menos que un siglo.
Beat. ¡Mejor [*aparte.*
es esto!— Ines, este hombre
pretende quitarme hoy
la luz al entendimiento,
ó al discurso la razon.
¿Qué decis, por Dios, don Diego,
don Dionis, ó lo que sois?
Si quereis volverme loca,
confieso que ya lo estoy.
Dejadme, señor, dejadme,
ved que muchas pruebas son,
apurando un sufrimiento.
Die. ¿Pues en qué os ofendo yo?
Si mi pensamiento altivo
merece vuestro rigor,
castigadme con desprecios,
pero con engaños no.
¿En qué os enoja un deseo?
¿En qué os agravia un amor
que solo aspira á serviros?
Si mudanzas, Beatriz, son,
que en vuestro pecho ha causado
la breve conversacion
de don Felix, bien haceis.
Ines. Quejarse él es lo mejor. [*aparte.*
Beat. Pues si en este mismo instante
vengo de escuchar de vos
que á mí no me conoceis;
si vengo de oir que sois
don Diego, y no don Dionis,
¿no quereis que sienta, no,
tantos engaños y enredos?
Die. No os entiendo, vive Dios!
¡Yo os he visto, yo os he hablado
en alguna parte hoy?
Enigmas son que no entiendo.
Vos habeis dicho que yo
quiero quitaros el juicio;
y así, con este temor,
ganándome por la mano,
quereis quitármele vos.
Ines. ¡No pensará quien le oyere, [*aparte.*
que él solo tiene razon?
Beat. Qué es lo que dices? [*á Ines.*
Ines. Señora,
que tan admirada estoy
de escuchar con cuantas veras
haberte visto negó,
que me da á entender, que aquí
hay alguna confusion,
ó por lo menos secreto
que no entendemos las dos,
que nadie negar pudiera
aquí y allí la razon
con tantas veras.

Sale DON JUAN *alborotado.*

Juan. Jesus!
aquí estais?
Die. ¿Qué admiracion
es esta?
Juan. Hame sucedido
una cosa, que por Dios!
que ahora la estoy dudando.
Beat. Qué ha sido?
Juan. Palabra os doy,
que en mi vida me he admirado
de cuanto he visto, hasta hoy.
Pasaba por una calle,
cuando á la misma ocasion
un hombre la atravesaba,
á quien engañado yo
por don Dionis, llegué á hablar;
tanto se le pareció

que no le desmiente el talle
ni el rostro, y hasta la voz
le parece y en el trage;
que como el dia de hoy
están los precios tan caros,
y todas las galas son
ó bayeta ó tafetan,
poco le diferenció.
El vestido que trae, casi
el mismo es que traeis vos;
y tanto, que si no hubiera
desta misma confusion
ejemplares en el mundo,
pues muchas veces se vió
parecerse un hombre á otro,
afirmara, vive Dios!
ser vos mismo.

Die. Y eso mismo,
sin duda, le sucedió
tambien á Beatriz, pues piensa
que pude en otra ocasion
negar que la conocia.

Beat. Bien ensayados los dos
venis. ¡Cuánto estudio os cuesta,
don Juan, la tal relacion?
¡Por tan necia me teneis,
que imaginasteis que yo
creyera tal?

Juan. Esto es cierto.

Ines. Pues no lo has creido?

Beat. No.

Ines. Yo sí; que he visto otra vez
mil, que parecidos son.
Si no, dime, ¿con qué intento
estos dos nombres fingió
don Dionis? ¡Pudiera nadie
prevenir esta ocasion?
¡Sabia si eras amiga
de doña Clara, ó si no?
¡Sabia que habia de hallarte
con ella en conversacion?
no; pues no entrara si fuera
el mismo. Demas, que estoy
mirándole con cuidado,
y ahora me pareció
que el otro de aquesta tarde
era dos dedos mayor.

Juan. Sí, un poco era mas robusto.

Die. Beatriz lo advierte mejor;
mas ella quiere quejarse
porque no me queje yo.

Beat. Pues de qué podeis quejaros?

Die. De ver á Félix con vos.

Beat. Es verdad, que como á Clara
vos no habeis hablado hoy,
podeis quejaros de mí.

Die. Quién es Clara? Que por Dios!
que no la conozco.

Ines. Mira
que ha sido, señora, error
de naturaleza.

Juan. Advierte
que á mí mismo me engañó.

Beat. Todos bien podeis decirme
que esto cabe en la razon,
que esto se ha visto otra vez;
mas no he de rendirme, no,
hasta que mis propios ojos
miren juntos á los dos. [*vase.*

Ines. No habrá quien la desengañe,
que es muger de su opinion,
aunque tan claro lo vea.

Juan. Bien la traza sucedió. [*aparte.*

Die. ¡Qué no intenta un hombre pobre [*aparte.*
con ingenio y con amor!

[*Vanse los dos por una puerta, y por la otra se va á entrar Ines, y la detiene don Félix.*

Fél. Ventura notable fué
que ahora pudiese hablarte,
Ines, y llegar á darte
esta vida que hoy se ve
en tus manos. Tuyo soy;
y en fé de que el alma mia,
que ha de servirte confia,
esta sortija te doy,
que solo un diamante della
ducientos escudos vale,
porque no hay luz que le iguale.
¡Ojalá fuera una estrella!

Ines. Bien está siendo diamante;
que embarazada me viera
si mia una estrella fuera.

Fél. Dime, ¡quién es el amante,
Ines, por quien tu señora
vive, y yo de zelos muero?
Que aunque sé que á un forastero
estima, quiere y adora,
no me he atrevido á creer
que así cegarse pudiese,
y que á hombre tal se rindiese
tan presumida muger.
Todo lo sé, mas no quiero
sino estar asegurado.

Ines. ¡Qué gran gusto me ha quitado
quien te lo contó primero!
pues tal condicion me dió
el cielo, que no quisiera
que otro ninguno supiera
los secretos sino yo,
porque otro ninguno fuese,
cuando secretos guardase,
quien á todos los contase
quien á todos los dijese;
porque, aunque es santo, prometo,
el secreto singular,
yo nunca pude guardar

la fiasta de san Secreto.
¡Porque te le diga aquí
me das prendas lisongeras,
cuando, porque me lo oyeras,
yo te diera el alma á ti?
Que he estado enferma en la cama
muchas veces, por no hallar
con quien poder descansar
murmurando de mi ama.
Anoche ese forastero
una cadena le dió
que en cien escudos ganó.

Fel. Ya vi la cadena.

Ines. Quiero
decir mas, como esta tarde
vino de verle zelosa
con otra dama, y dudosa
de si es él, se abrasa y arde
en zelos.

Fel. Déjame á mí;
que tambien me abraso y ardo.
Qué es lo que espero? qué aguardo?
Si yo la cadena vi,
si de tu boca escuché
que porque hablando le vió
con otra, tanto sintió;
si esto he visto, y si esto sé,
¿por qué de mi necio amor
no agradezco el desengaño?
Mi remedio está en mi daño;
que no hay cura sin dolor.

Ines. Advierte, Félix, que estás
dando voces.

Fel. Pierdo el seso!
Déjame, Ines!

Ines. ¡Segun eso,
ya no quieres saber mas?

Fel. Qué mas, si esto me provoca?

Ines. ¡Y es buen término empeñarme
en hablar, para dejarme
con la palabra en la boca?
Pues no has de irte sin que diga
cuanto de mi ama sé;
porque lo que yo empecé
no es bien que otro lo prosiga;
porque es la murmuracion
sarna empezada á rascar,
que no se puede dejar;
y así, señor, no es razon
que mis labios queden mudos.
Porque me oigas un instante,
toma, que solo un diamante
vale ducientos escudos.

Fel. Déjame, que ya no quiero
saber mas. ¡Quién, sino yo,
curioso solicitó
contra sí el veneno fiero?
¡Quién, sino yo, desta suerte
pretendió su perdicion?
Verdugos los zelos son,
que cobran el dar la muerte.
¡O nunca hubiera yo oido
lo mismo que he deseado!
¡O siempre hubiera ignorado
lo mismo que he pretendido!
Pues si el que su pena sabe
muere, y muere el que la ignora,
morir dudándola ahora
fuera muerte mas suave.
Cuando á un hombre en su fortuna
siguen dos contrarios fuertes,
por querer darle dos muertes
suelen no darle ninguna.
Si á mí el dudar ó el saber
dos muertes me pueden dar,
quiero al saber y al dudar
por enemigos tener;
pues cuando mi pena allanes,
sin ver si vivo ó si muero,
estaré como el acero
suspenso entre dos imanes.

Ines. O nunca yo hubiera hablado!
Pero no será el disgusto
tan grande como fué el gusto
del haberlo publicado. [*vase.*

Sale RODRIGO.

Rod. ¡Con qué linda industria vengo [*aparte.*
prevenido, para hacer
que Beatriz llegue á creer
cuanto imaginado tengo
cerca del galan de á dos
que la engaña y enamora!

Fél. Llegaréle á hablar ahora; [*aparte.*
ya estoy resuelto.—Con vos
tengo que hablar, caballero,
una palabra no mas,
y para aquesto detrás
de san Gerónimo espero.

Rod. Vos venis muy engañado;
no soy yo el buscado, no;
porque no soy hombre yo
que detrás de nadie he hablado
en mi vida, sea el que fuere,
cuanto mas detrás de un Santo
que quiero y estimo tanto.
Lo que decirle quisiere
delante se lo diré,
á las espaldas jamas;
no han de decir que detrás
de san Gerónimo hablé.
Vuestras penas declaradlas,
no diga el Santo, quejoso,
que por ser tan poderoso
le murmuro á las espaldas.

Fél. Puesto que quereis que aquí
hablemos, decid, ¡no fuisteis
vos el que anoche venisteis
á esta casa?
Rod. Señor, sí;
y nunca hubiera venido!
Fel. Hay mas rigurosa pena! [*aparte.*
Rod. Pues me costó una cadena
la visita.
Fél. Cierto ha sido [*aparte.*
mi temor, este es sin duda
el que sospechaba yo;
este es del que Ines habló;
ni lo niega, ni lo duda.—
Pues yo, caballero, soy
un hombre....
Rod. Sed norabuena.
Fél. Que tiene de veros pena.
Rod. Pues no verme.
Fél. Y tal estoy
de colérico, que aquí
palabra me habeis de dar
de no entrar, de no pasar
por esta calle, ó aquí
hoy el uno de los dos
ha de morir.
Rod. Si estuviera
en mi mano, yo lo hiciera
con tal que fuérades vos;
pero yo tengo de entrar,
que no he de dejar perdida
mi hacienda.
Fél. Y yo con mi vida
así lo sabré estorbar. [*empuña la espada.*
Rod. Detened, señor, la espada,
y mirad que no es razon,
con tan mínima ocasion,
dejarla en sangre bañada.
Advertid, que nuestra vida
es una, y tan mal hallada
con nosotros, que enojada,
apenas ve una salida
cuando escapa por allí:
pues es decir, (auque viejo)
que es de ante nuestro pellejo;
como una breva le vi
pasarse porque se advierta
ser frágiles; y así os doy
una y mil palabras hoy
de no llegar á esta puerta;
qué es á esta puerta? á esta calle,
á este barrio, á este cuartel;
palabra os doy, como fiel
católico, no se halle
escrito que me verán,
si esto vuestro amor desea,
en la parroquia, aunque sea
en la de san Sebastian,
que es bien grande.
Fél. Has procedido,
como villano, cobarde.
Rod. Así moriré mas tarde.
Fél. Pues otra palabra os pido.
Rod. No hay cosa que ya no pueda
vuestro mando entre los dos,
pues no me pedireis vos
cosa que yo no os conceda.
Imaginad este dia
todo cuanto vos quereis;
y eso otorgo, que no habeis
de vencerme en cortesía.
Fél. Y cuando no, ciego y loco
yo os lo hiciera hacer....
Rod. Confieso,
si hiciérades, que por eso
no hemos de reñir tampoco.
Fél. A estocadas.
Rod. A estocadas?
son favores y regalos,
porque yo pensé que á palos,
á coces y á bofetadas:
que espero, porque os asombre,
procediendo siempre así,
que no han de decir por mí:
aquí mataron á un hombre;
sino: aquí como un lebrel
(desta suerte han de decir)
á un hombre hicieron huir,
rueguen al miedo por él.

JORNADA III.

Salen DON DIEGO *y* DOÑA CLARA.

Die. Por no encontrar un criado,
sin que os avisasen, llego
hasta aquí.
Clar. ¡Señor don Diego
Osorio?
Die. Bien lo he trazado. [*aparte.*
Clar. Sabed que hoy tuve un recado
de Beatriz, la amiga mia
que aquí estuvo el otro dia,
don Diego, en que me ha enviado,
para hacer otra, á pedir
que aquesta joya la envie;
y para que no la fie
de su criada, á decir
me envió, que la llevaseis
vos mismo, y que la hora es
aquesta tarde á las tres
para que en casa la hallaseis;
porque si vos la llevais,
no quede Ines enojada

viendo que de mi criada
fío mas.
Die. Vos me mandais
cosa que quien estimara
mi deseo, no la hiciera;
pues zelosa, no quisiera
que á otra dama visitara.
La que no cela, no diga
que quiere; porque el temor
es una sombra de amor.
Clar. Yo soy de Beatriz amiga,
qué he de temer ni dudar?
Die. El serlo Beatriz tambien;
que de la amiga es de quien
hay menos hoy que fiar.
Clar. Por lo menos vos fiais
de vos poco en la ocasion,
pues en mi satisfaccion
temor y recelo hallais.
Y huélgome de tener
ocasion en que la ausencia
hoy me sirva de esperiencia,
para tocar y saber
si tengo que agradeceros;
que en la oposicion del dia,
es la noche oscura y fria.
Y así quiero yo poneros
en la ocasion, porque diga
esperiencia semejante,
la fineza de un amante,
la falsedad de una amiga;
porque el rigor de mi estrella
hoy se conozca en los dos,
viendo lo que tengo en vos,
ó lo que no tengo en ella.
[*Dale una joya y vase doña Clara.*

Sale RODRIGO.

Rod. Dime si puedo llegar
á hablarte, señor, y puedo
darte dos recados.
Die. Cuyos?
Rod. Uno es mio, y otro ageno.
Die. Y qué son?
Rod. Empezaré
por el mio; que es muy necio
quien tiene propios negocios
y hace los de otro primero.
Yo, señor don Diego, digo,
(que para mí eres don Diego)
que me hagas saber si soy
criado apócrifo, si tengo
cuerpo fantástico, ó si
soy mortal, y como y bebo;
porque ya todos los dias
en el filósofo leo
Ni-comedes, y á las noches
en el Concilio Ni-ceno.
Esto es cuanto á mí; y en cuanto
al liberal huésped nuestro,
dice, señor don Donis,
que nos vamos ó paguemos.
Die. Hay mas de irnos y pagarle?
Rod. Cómo ha de ser sin dineros?
Que ya pienso que espiraron
los pasados cuatrocientos.
Die. Es verdad; pero qué importa?
¿Faltará un arbitrio nuevo
para buscarlos?
Rod. ¿En quién,
si á todos debes?
Die. Consejo
de mi padre es. Sé el que debes,
me dijo, y soy el que debo;
pero en los mismos, que hoy
debo tanto, hallar espero
mas dineros.
Rod. ¡Pues no quieres
que tengan de ti escarmiento?
Die. Qué poco sabes! No hay banco,
que esté mas seguro y cierto,
que aquel que una vez prestó;
pues por no perder aquello
prestado, va dando mas
sobre su mismo dinero.—
Mas, por Dios! que nos ha visto
Ines hablando.

Sale INES.

Rod. Mudemos
la plática.—La cadena,
que vos me ganasteis, tengo
de quitar aquesta noche.
Die. Allí la tendreis.
Rod. El cielo
os guarde. [*vase.*
Ines. A grande ventura
haberos hallado tengo;
porque iba á vuestra posada,
y ahorro del camino el medio.
Die. Pues qué me quieres, Ines?
Ines. Decidme antes, ¿qué era aquello
que ahora hablábades, señor,
con aquel grande embustero?
Die. Yo no le conozco mas
que aquella noche del juego.
Díjome que hoy llevaría
de la cadena el dinero.
Ines. ¡Pluguiera á Dios que él hiciera
esa necedad! que vengo
de la platería de ver
cuánto pesa, y es muy cierto
que es falsa.
Die. Qué dices?

Ines. Digo
lo que dicen los plateros.
Dieg. ¡No llegaras cuando estaba
aquí! que viven los cielos!
que le matara. No importa
el interes del dinero,
pues yo le enviaré á Beatriz
esos cien escudos luego,
sino el término. ¡Qué fácil
es de engañar (caso es cierto!)
un hombre de bien! Ines,
di, por dónde fué? que quiero
seguirle.
Ines. Escúchame ahora,
que tiempo te queda luego.
Dice mi señora, que hoy
á las tres...
Die. Aun peor es esto. [*aparte*
Ines. Vayas á casa, que tiene
que hablarte, y que estés muy cierto
á las tres en punto.
Die. Dile,
Ines, que su mano beso,
y iré muy alegre en ver
que su memoria merezco.
Ines. Quédate con Dios.
Dieg. Quisiera
darte algo, mas no me atrevo,
por no tener una joya
muy buena; mas te prometo...
esto basta, porque soy
muy enemigo de aquellos
que prometen, porque al fin
da dos veces quien da luego.
Vete con Dios.
Ines. El te guarde,
que yo otra cosa no quiero.—
Ya no dormiré en mi vida, [*aparte.*
pensando en qué será esto
que me ha de dar. Desta vez
salir de laceria pienso.
[*Vase, y queda don Diego suspenso.*

Sale RODRIGO.

Rod. Ya se fué.— ¡De qué has quedado
tan elevado y suspenso?
Die. Ay Rodrigo, dieron fin
mis esperanzas; cayeron
en tierra las presunciones
que levanté sobre el viento.
Beatriz supo mas que yo,
y hoy en ocasion me ha puesto,
de donde con mis engaños
salir vencedor no puedo.
Para su casa me llama
hoy á las tres, y ha dispuesto
su desengaño tan bien,
que para esta hora ha hecho
que Clara me envie á su casa
con una joya que llevo.
Si voy como don Dionis,
galan suyo, falto luego
como don Diego, galan
de Clara, y tendrá por cierto
ser uno solo. Si voy
con esta joya primero,
haréle falta despues,
que es el desengaño mesmo.
Aconséjame, Rodrigo.
Rod. Si has de tomar mi consejo,
conténtate con la una;
y sea Clara, pues sabemos
que es la que dineros tiene;
que entre el amor y el dinero,
si tuviera dos galanes
Beatriz, hiciera lo mesmo.
Die. ¿Cómo perderé á Beatriz,
si en ella la vida pierdo?
Rod. Pues deja á Clara.
Die. Eso no;
que aspiro á su casamiento.
Rod. Pues cásate con entrambas;
aunque yo tengo por cierto
que has de quedar sin alguna.

Sale DON JUAN.

Juan. Don Dionis, buscándoos vengo.
Die. ¡Pues, don Juan, qué me mandais?
Juan. Sabed que un hombre, á quien debo
ochocientos reales, hoy
me aprieta mucho por ellos.
Seis dias me da de plazo,
y aunque es verdad que yo tengo
los cuatrocientos aquí
en plata, pediros quiero
que, para cumplir con él,
me deis otros cuatrocientos,
pues que teneis una letra
de cuatro mil.
Die. ¡Para eso
era menester hacerme
prevenciones, siendo vuestro
todo cuanto fuere mio?
Que os lo dé tened por cierto;
mas no podré hasta de hoy
en cuatro dias, al tiempo
que la letra cumple. Aquí
está Rodrigo, que en esto
no me dejará mentir.
Rod. Sí dejaré yo por cierto. [*aparte.*
Die. Yo estaba diciendo ahora
que estoy tambien sin dineros.
Lo que podemos hacer,
porque nos acomodemos

entrambos, es que me deis
ahora esos cuatrocientos
que traeis, que á los seis dias,
y antes mucho, yo me ofrezco,
don Juan, á que á vuestra casa
se os lleven los ochocientos.

Juan. Decis bien; véislos aquí
atados en este lienzo.

Rod. Dióle con la camarguina. [*aparte.*

Die. Toma, Rodrigo, y con estos [*aparte á él.*
paga el huésped, ve gastando,
y no te aflijas tan presto;
que no desampara Dios
á nadie.

Rod. Por fe lo tengo; [*aparte.*
pero si en esta materia
desampara á alguno, creo
que es don Juan.

Die. De aquí á seis dias
hay un sin fin. Ahora quiero
deciros, don Juan, que estoy
con un grande sentimiento.

Juan. Cómo?

Die. Beatriz me ha citado
para dos partes á un tiempo.

Juan. ¿Y qué habeis de hacer?

Die. No sé:
si bien prevenido tengo
un engaño, que si sale
como le imagino, creo
que le habeis de celebrar.

Juan. Yo no imagino, ni pienso,
que haya industria para hacer
que un hombre en un mismo tiempo
esté en dos partes, ó en una
parte sola con dos cuerpos.

Die. ¿No habeis oido decir
que para todo hay remedio?
¿Vos teneis un alguacil
amigo?

Juan. Sí, muchos tengo.

Die. Pues habeis de hacer que esté
esta tarde al mismo tiempo
que yo vaya á entrar en casa
de Beatriz; yo os diré luego
para qué fin, cuando esteis
con él en la calle puesto.

Juan. ¿Pues qué se consigue así?

Die. Lo que aquí os toca, es poneros
en la calle, y que esté en ella
el alguacil encubierto;
lo demas sabreis despues.

Juan. Mirad, unos pensamientos
los mas notables teneis.
¿Quién imaginara esto
sino vos? No vi en mi vida
tan sutil entendimiento. [*vase.*

Rod. Pues aunque mas le alabeis, [*aparte.*
no vereis los cuatrocientos.

Die. Ahora, Rodrigo, entra aquí
la cadena.

Rod. Y á qué efecto?

Die. Tú has de ir á su casa un poco
antes que yo.

Rod. Yo no puedo
entrar en su casa.

Die. Cómo?

Rod. Como hay grande impedimento.

Die. De qué suerte?

Rod. Yo, señor,
soy liberal, y no tengo
palabra mia.

Die. Prosigue.

Rod. Pidiómela un caballero,
de que no entre en esta casa,
y concedísela luego;
porque, como tengo dicho,
soy liberal en estremo.

Die. Deja esas burlas, y acaba.

Rod. ¿Cómo acabar, si ahora empiezo?

Die. Que has de ir en casa de Beatriz.

Rod. ¡Qué dirá la ley del duelo
si yo rompo mi palabra,
sino que el tal caballero
me rompa á mí la cabeza?

Die. Vamos, iréte diciendo
lo que has de hacer. Si esta vez
con industria y arte venzo
amor, ingenio y muger
en la ocasion que me ha puesto,
no habrá que temer á amor,
pues seguramente puedo
atreverme á conseguir
en dos divinos sugetos
belleza y hacienda, gusto
é interes, honra y provecho. [*vanse.*

Salen á la ventana BEATRIZ *é* INES.

Beat. Ines, no me han sufrido
mis zelos, que temores me previenen,
dejar de haber salido
á la ventana á ver si acaso vienen
don Dionis y don Diego,
que al templo así del desengaño llego.

Sale RODRIGO.

Rod. Bien sé que yo no puedo [*aparte.*
escapar, cosa es clara,
con bien desta aventura, yo tomara
en paz, de buen partido,
media cabeza abierta. A la ventana
Beatriz está; atrevido
quiero llegar, pero de mala gana,
á empezar lo tratado.

¡Sáqueme Dios de cómico criado!—
Porque no penseis, señora
doña Beatriz, que pasando
por esta calle, y mirando
en esa reja al aurora,
puedo inadvertido yo
huir el rostro, por no haber
hecho hasta ahora traer
el dinero en que quedó
empeñada la cadena,
llego á hablaros; el intento
disculpe mi atrevimiento.

Beat. La disculpa fuera buena,
á no haberse ya sabido
el engaño, caballero,
del oro; pero no quiero
que de mí hayais presumido
que eso me pudo tener
quejosa. Lo que ahora os ruego
es que el puesto dejeis luego,
porque no os acierte á ver
aquí el caballero á quien
se hizo entonces el engaño;
porque ningun hombre en daño
de su opinion, sufre bien
demasías, y no fuera
bien que á mi puerta os hallara,
donde de ofensa tan clara
satisfacerse quisiera.
Que sé que os anda buscando
con solo este fin. Y así
os pido, que os vais de aquí,
porque puede venir.

Rod. Cuando
ese caballero venga,
sabré con cuerdas razones
dar tantas satisfacciones,
que por disculpado tenga
el engaño; y si no fuere
bastante mi cortesía,
y con mayor gallardía
satisfacerse quisiere,
sabré remitir, es llano,
culpa tan averiguada,
desde la lengua á la espada,
desde la voz á la mano.
Y mal hicisteis, por Dios!
en decirme que me fuera,
si eso quereis; pues lo hiciera
á no mándarmelo vos;
que amenazado, no puedo
en todo hoy irme de aquí,
porque no penseis de mí
que puede ausentarme el miedo.
Venga ese galan, á ver
si ejecuta en mi presencia
cuanto os prometió en ausencia:
aunque me llega á tener
grande ventaja, si os ama,
y le mirais esta tarde;
porque nadie fué cobarde
á los ojos de su dama.

Sale DON DIEGO.

Die. Todo queda prevenido [*aparte.*
para mi engaño feliz,
y estar ahora Beatriz
aquí, gran ventura ha sido.—
A mí el parabien me doy [*á Rodrigo.*
de haberos hallado aquí,
adonde sepais de mí,
caballero...

Beat. Muerta estoy! [*aparte.*

Die. Que no estoy hecho a sufrir
(dejo aparte el interes)
sinrazon, que ofensa es.

Beat. Cuanto llegó á prevenir [*aparte.*
mi temor, ha sucedido.

Ines. Si riñen, no pienso dar [*aparte*
por un reino este lugar.

Rod. Vos, señor, habeis venido
en ocasion, que aunque yo
satisfaceros quisiera,
por mi opinion no lo hiciera;
porque ningun hombre dió
satisfaccion que se pide
delante de una muger;
y así ved cómo ha de ser.

Die. Cuando igual en mí se mide
la razon y el valor, no
es justo que blasoneis,
ni quiero que vos me deis
satisfacciones que yo
puedo tomar. Perdonad,
Beatriz, si pierdo indiscreto
á vuestra casa el respeto.—
La espada, hidalgo, sacad:
que desta suerte pretendo
castigar engaños, no
satisfaceros.

Rod. Y yo
desta suerte me defiendo.
[*Sacan las espadas y riñen.*

Beat. No me ha dejado el temor
aliento.

Ines. Qué gusto ofrece!

Rod. Tira quedo, que parece [*aparte.*
que va de veras, señor.

Die. Cobarde, así tu malicia
mi espada ha de castigar.

Rod. Eso es tirar á matar. [*aparte.*

Sale un alguacil y gente.

Alg. ¡Favor aquí á la justicia!

Rod. Lo que me toca es huir. [*aparte.*
(Muerto soy!) Aquesto haré
muy propiamente, porque
tengo poco que fingir. [*vase.*
Alg. Deteneos al rey, y dadme
la espada.
Die. La espada no;
porque un hombre como yo
no la ha de entregar. Llevadme
con ella donde gusteis;
que yo no resisto aquí
el ir preso, solo así
resisto que me lleveis
sin espada; pues es cierto
que yo no tengo que hacer
resistencia, por haber
á un hombre tan bajo muerto.
Mi palabra bastará,
si digo que preso voy.
Beat. Ay Ines, temblando estoy!
Baja, y mira donde va
preso don Dionis. Ay cielos!
yo tuviera por mejor,
que no hubiera hecho mi amor
esta esperiencia de zelos.
[*Quítanse de la ventana.*

Salen DON FELIX *y* LEONELO.

Leon. ¿Cuchilladas á la puerta
de Beatriz? Qué puede ser?
Fel. Poco me da que temer
el tener por cosa cierta
que su galan no sería,
que es en estremo cobarde.
Leon. No hay hombre que no haga alarde
del esfuerzo y valentía
cuando su dama le ve.
Llenas están las historias
de mil sangrientas victorias
que dió el amor.
Fél. Ya yo sé
que hay ejemplos diferentes
de muchos hombres famosos,
que siendo muy temerosos,
el amor hizo valientes.
Leon. Ines viene aquí, y podrás
della saber lo que es.

Sale INES *con manto.*

Fél. Dime por tu vida, Ines,
qué es esto?
Ines. Tú lo sabrás:
don Dionis, el forastero
de quien otra vez hablé
contigo, no sé por qué
riñó con un caballero.
Llévanle preso, y yo vengo
de seguirle adonde va,
y supe que en casa está
de un alguacil.
Fél. Y yo tengo
mayor confusion de oir
tus razones. ¿Cuándo fué
cuando yo contigo hablé
de don Dionis?
Ines. ¡Desmentir
quieres mi voz, siendo yo,
quien por templar los rigores
de tus zelos los amores,
de don Dionis te contó?
Que esto olvidarse pudiese?
Fél. No lo olvidé; pero allí
otro galan entendí
que el favorecido fuese;
porque en la cadena yo
causa hallé de sospechar.
Ines. ¡Y no la pudo negar
quien á Beatriz se la dió?
Leon. Desa suerte ya es forzoso
que ardamos á un mismo fuego,
yo zeloso de don Diego,
vos de don Dionis zeloso:
siendo cierto, que uno ha sido
con dos nombres, yo le hablé
en casa de Clara.
Ines. Fué
un engaño en que han caido
muchas personas, al verlos
esa confusion padecen;
que en estremo se parecen
tanto, que no hay conocerlos.
Leon. No me puedo yo engañar
tanto, Ines, que allí creyese
que don Dionis mismo fuese.
Ines. ¿Pues esto puede faltar,
si yo lo he visto y lo sé?
La verdad es la que digo. [*vase.*
Fél. Ahora bien, venid conmigo;
que aunque esté preso, hoy sabré
quien es; pues de dos quejosos
juntos no se ha de escapar;
pues cuando quiera negar
con engaños cautelosos
ser el que me ofende á mí,
no podrá negar que ha sido
el que á vos os ha ofendido,
y convenciéndole así,
sabremos si es uno ú dos,
riñendo como advertis,
conmigo, si es don Dionis,
y si es don Diego, con vos. [*vanse.*

Salen BEATRIZ *é* INES.

Beat. ¡Dónde llevaron preso

á don Dionis, Ines? ¡Triste suceso
de mi fortuna escasa!
Ines. Yo les seguí, señora, hasta una casa
que me dijeron que era
del alguacil, y en ella, aunque quisiera,
no pude hablarle ó verle,
que pusieron cuidado en esconderle;
porque todos, señora, de una suerte
decian, que dejaba hecha una muerte;
y aun no faltó quien dijo
que él habia visto al muerto.
Beat. Ya me aflijo
con mayor causa, cielos!
¡O nunca examinara yo mis zelos!
¡O nunca le dijera
que á tal hora á esta casa, Ines, viniera!
Pues su disgusto hubiera así escusado,
y no me hubiera yo desengañado;
pues ya es hora, y no viene
don Diego Osorio.
Ines. Dime tú, ¿quién tiene
el reloj tan atento,
que un instante no mienta ó un momento?
Las tres dieron ahora,
aun no tarda. [*llaman dentro.*
Beat. Llamaron?
Ines. Sí, señora;
tu desengaño tiene
efecto. [*vase Ines.*

Vuelve á salir con DON DIEGO, *que trae otro vestido.*

Beat. Cómo, Ines?
Ines. Don Diego viene.
Die. Hasta aquí felizmente ha sucedido, [*ap.*
pues preso me imagina, y el vestido,
en algo disfrazado,
mejor color á mi fortuna ha dado.
Beat. Ines!
Ines. Señora?
Beat. Ay triste!
don Dionis está preso?
Ines. Tú le viste
llevar.
Beat. Así es verdad, ya de otra suerte
hoy mi discurso la razon advierte,
pues que conozco, cuando á verle llego,
que aquel es don Dionis y este don Diego.
Die. La bellísima Clara,
con cuya luz es la del sol avara,
Beatriz hermosa, os besa
la mano, y obligada se confiesa
á su feliz fortuna,
por pensar que la dió ocasion alguna
en que serviros pueda;
y en tanto que ella agradecida os queda,
esta joya os envia,
cuyos diamantes son hijos del dia;
y dice, que si ha sido
la joya tan feliz, que ha merecido
agradaros, no hagais otra tan bella,
pues os podeis servir desde hoy con ella.
Beat. No sé qué responderos,
pues no sé lo que debo agradeceros,
ó el haber vos venido
á honrar mi casa así, ó el haber sido
enviado de Clara;
pero si en todo mi aficion repara,
por todo os agradezco
esta dicha y honor que no merezco.
Ines. Qué te parece? [*aparte.*
Beat. Estoyle, Ines, mirando
[*Aparte á ella.*
de espacio, y voime así desengañando;
porque, aunque es parecido,
no es tanto como habia yo aprehendido:
que este mil cosas tiene
en que con don Dionis no se conviene.
Ines. No fué la luz mas clara. [*aparte.*
Beat. Y cómo está, don Diego, doña Clara?
Die. Para serviros, tiene
salud.—Grandes recelos me previene [*ap.*
la atencion al mirarme;
mucho haré, vive Dios! en no turbarme.
Beat. Curiosidad es esta, no cuidado;
estais de Clara muy enamorado?
Die. ¿Cómo negar pudiera
cosa que confesarla me estuviera
tan bien? Yo á Clara quiero
con firme amor, constante y verdadero;
tanto, sin ser la lengua lisonjera,
como merece Clara que la quiera;
con esto á decir llego
que es mucho.
Beat. Bien está, señor don Diego.
Ines. De qué te has ofendido? [*aparte á Beat.*
No es tu galan, aunque es su parecido.
Beat. No, ni aquestos desvelos [*aparte á ella*
son mis zelos, parécense á mis zelos.
Die. Deste enojo el remedio es el ausencia.
Por no cansaros mas, dadme licencia.
Beat. Vos la teneis. Decid cuánto he estimado
á doña Clara tan galan criado:
que yo estimo la joya, aunque no aceto
tan generoso término y discreto:
y á vos os guarde el cielo.
Die. Bésoos las manos. Con mayor recelo [*ap.*
de mi visita queda,
no hay quien á una muger burlar no pueda.
Damas las mas discretas y entendidas,
críticas presumidas,
las de mas arte, ingenio, industria y maña,
quien no quiere engañaros, no os engaña.
Ines. Ya cesaron tus enojos.
Beat. ¡Pues no habian de cesar,

si llego á considerar
como se engañan los ojos?

Sale ISABEL *con manto.*

Qué hay, Isabel?
Isab. Mi señora
dice, que si quieres ir
hácia el prado á divertir
tus pensamientos, que ahora
ella vendrá por aquí
en el coche.
Beat. Di que espero
muy gustosa, porque quiero
contarla un caso que á mí
me ha sucedido.
Isab. Pues luego
vendrá.
Beat. Dame, Ines, el manto,
que hoy salimos deste encanto.
Válgate Dios por don Diego. [*vanse.*

Salen DON FELIX *y* LEONELO, *y por otra parte* DON DIEGO, DON JUAN *y* RODRIGO.

Fél. En todo el lugar no ha habido
ni aun noticia de tal preso.
Leon. Yo no entiendo este suceso
cómo tan secreto ha sido.
Juan. En fin, sucedió muy bien.
Rod. La parte que me tocó,
lindamente fingí yo.
Fél. ¿No es aquel, Leonelo, á quien
vamos buscando yo y vos?
Leon. Sí, pues como vos decis,
un don Diego, ú don Dionis,
mal del uno de los dos
puede escapar.
Fél. Pues yo llego
á hablarle, quedaos aquí;
que si no me toca á mí,
podeis declararos luego.—
Caballero!
[*Llega á ellos, y Rodrigo empuña la espada.*
Rod. Yo he cumplido
mi palabra, y vive Dios....!
Fél. Yo no hablo, hidalgo, con vos,
ni ya esa palabra os pido.
Die. Pues con quién?
Fél. A vos, señor,
en el campo hablaros quiero.
Rod. ¿Es aquelle caballero
el infante vengador,
que temerario y terrible
á todos los desafía?
Así la guarda sería
de la puente de Mantible.
Die. Pues guiad donde elegis
que os siga. [*vase.*
Juan. Si venis vos
con ese hidalgo, los dos
los sigamos.
Leon. Bien decis. [*vanse.*
Rod. Para que? con prometerle,
mientras su locura pasa,
de no entrar en esa casa,
podreis hoy satisfacerle,
como yo hice, vosotros,
mientras que con furia vana
desafie á otros mañana,
y se olvide de nosotros. [*vanse.*

Salen BEATRIZ, CLARA, ISABEL *é* INES *con mantos.*

Clar. Di que se retire el coche, [*á Isabel.*
en tanto que aquí apartadas
con mas libertad gozamos
de las lisonjas del aura.
Beat. Por lo menos no seremos
tan conocidas, y agrada
mas el campo cuando en él
un rato se vive y anda.
Clar. Aquí puedes proseguir
ahora la comenzada
historia. ¡Qué se parecen
nuestros galanes?
Beat. Con tanta
perfeccion, que he presumido,
Clara amiga, que la sabia
naturaleza, perdiendo
las escelencias de varia,
ú olvidada de sí misma,
segunda vez se retrata,
copiando en uno y en otro
el ejemplar de una estampa.
Yo no lo creí hasta hoy,
que el verlos me desengaña
á uno preso, y á otro libre;
que esta sola fué la causa
de decir que me enviases
aquella joya prestada.
Clar. Cosas notables me cuentas.
Ines. Mucha gente viene.
Beat. Aguarda;
que hácia esta parte parece
que personas retiradas
se encaminan.
Clar. Y entre ellas,
si la vista no me engaña,
viene don Diego.
Beat. El será;
porque el otro, cosa es clara
que está preso.
Clar. Con él viene
Leonelo.
Beat. Y los acompaña

Félix y don Juan, y el otro,
Ines, de las cuchilladas
desta tarde.
Ines. ¿Cómo está
tan sano, si me afirmaban
muchos que quedaba muerto?
Beat. Pues no han venido sin causa.
Clar. ¡Qué haremos, que si nos ven,
no querrán decirnos nada?
Beat. Lo mejor es escondernos
detrás destas rotas tapias.
[*Escóndense las dos damas detrás del paño.*
Ines. Estéril poeta es este,
pues en un campo le falta
hiedra, jazmin ó arrayan
para esconder unas damas.
Isab. ¿No ves que estamos detrás
de san Gerónimo, y basta
que finja tapias? Y aun esas
plegue al cielo que las haya.
[*Escóndense las criadas donde están sus amas.*

Salen DON DIEGO, DON FELIX, DON JUAN, LEONELO *y* RODRIGO.

Fél. Retírese ahora el uno
de los dos que os acompañan,
y quedaremos iguales.
Die. Yo remito la ventaja;
vuélvete, Rodrigo, tú
al lugar.
Rod. De buena gana.—
Con todo eso desde aquí [*aparte.*
tengo de ver en qué para.
[*Escóndese Rodrigo hácia otro lado.*
Fél. Ahora, para saber
con quién riño, pues se hallan
en vos uno de dos nombres,
decid quién sois?
Die. Temeraria
accion ha sido sacarme
al campo, con ignorancia,
dudando. Si no sabeis
quien yo soy, ¡cómo con tanta
satisfaccion me llamasteis?
Yo soy el que soy, y basta
haber al campo salido
para reñir.
Fél. Tengo causa,
siendo cualquiera persona
de las dos que fingis, para
hacer esto; y así quiero
saber cuál sois.
Die. Porque haga
mi lengua ahora, y despues
mi acero igual la venganza,
digo que yo soy don Diego
Osorio, y soy de Granada.
Leon. Pues á mí me toca ahora
el reñir, Félix, aparta.
Yo soy quien habrá dos años
que he servido á doña Clara,
y siendo don Diego vos,
como habeis dicho, me agravia
vuestra pretension; y así
viene á ser mia esta causa.
Die. Pues escuchadme, supuesto
que habeis querido que haga
esta prevencion, que luego
dirán lo demas las armas.
Vine de Granada aquí,
por disgustos que disfrazan
mi nombre: esta es la razon
porque en la corte me llaman
comunmente don Dionis
Vela. [*Acométele don Félix.*
Fel. Pues, Leonelo, aparta;
porque siendo don Dionis,
viene á ser mia esta causa.
Die. Escuchadme, pues, los dos,
de una vez dejando tantas
disensiones, hasta que
diga verdades mas claras;
porque un hombre principal
puede mentir con las damas,
que engañarlas con industria
es mas buen gusto que infamia,
y los mayores señores
lo suelen tener por gala;
pero con los hombres no.
Y así ahora en la campaña
digo que soy don Dionis
y don Diego, y que con trazas
de hombre pobre he pretendido
juntas á Beatriz y á Clara,
á esta por su hacienda, á aquella
por su hermosura y su gracia:
si bien con tanto respeto
á las dos, que mi esperanza
no se atrevió ni aun á solo
un átomo de su fama.
Abreviad quién ha de ser
quien antes se satisfaga
de mí, pues tengo á las dos
quejosas; que aquí os aguarda
el valor, que ya remito
desde la lengua á la espada.
Fel. Yo seré el primero que
castigue vuestra arrogancia.
Leon. Eso no, que yo he de ser.
[*Quieren acometerse.*

Salen BEATRIZ *y su criada.*

Beat. Aparta, Félix, aparta,
Leonelo; porque tambien

viene á ser mia esta causa.
Yo, don Félix, he de ser
quien antes se satisfaga,
pues me trajo mi ventura
adonde, desengañada,
premio tu amor con mi mano
y castigo su ignorancia,
para que vea cuán poco
le aprovecharon sus trazas;
y cuente de aquesta suerte,
cuando volviere á Granada,
si el engañar á mugeres
se tiene en Madrid por gala.

Fél. Leonelo, reñid ahora
vos, libre está la campaña;
que yo estoy ya satisfecho
de mis zelos y mis ansias.
[*Vanse don Félix, Beatriz y su criada.*

Die. Por lo menos, si he perdido
su hermosura soberana,
las esperanzas me quedan
de no haber perdido en Clara
la riqueza.

Leon. Yo, que estimo
mas su virtud y su fama,
lo estorbaré.
[*Vuelven á acometerse.*

Salen CLARA *y su criada.*

Clar. Ahora me toca
á mí el defender mi causa;
porque veais que no son
mas seguras esperanzas,
esta es, Leonelo, mi mano,
que á vuestro amor obligada,
debo toda esta fineza.
Ved si el mentir con las damas,
y engañarlas con ingenio,
es mas buen gusto, que infamia.

Leon. Si es forzoso que el efecto
cese en cesando la causa,
mi desafío acabó,
libre os queda la campaña.
[*Vanse Leonelo, Clara y su criada.*

Juan. Corrido estoy, vive Dios!
de considerar que haya
valido yo sus engaños,
siendo tantos que me alcanzan
á mí tambien. Hasta ahora
no conocí mi ignorancia. [*vase.*

Sale RODRIGO *de donde estaba escondido.*

Rod. Buenos habemos quedado!
aquí no hay otra esperanza,
ni otro remedio, señor,
sino el de sacar las dagas,
y los dos desesperados
andar aquí á puñaladas.
¿De qué, di, te habrá servido
ser el hombre pobre trazas,
si al fin te dejamos todos? [*vase.*

Die. De mucho, si en ellas halla
desengaños el que es cuerdo,
mirando en mí castigadas
estas costumbres, porque
escarmentando en mis faltas,
perdonen las del autor,
que con mayor esperanza
hoy á serviros empieza
donde la comedia acaba.



